

En el lugar de la música. Testimonio musical de México

Las investigaciones y grabaciones de música y tradiciones orales cuentan con una añeja trayectoria en el Instituto Nacional de Antropología e Historia. Históricamente, el mérito de la primera acción académica en este sentido corresponde al doctor Nicolás León, quien a principios del siglo XX, precisamente en el año de 1906, incluyó en su curso de etnología una lección sobre folclore para sus estudiantes en el antiguo Museo Nacional de Antropología, Historia y Etnografía.¹

Décadas más tarde, en el periodo posrevolucionario se continuó con este tipo de estudios asesorados por el músico, investigador y escritor Rubén M. Campos a través de las llamadas “Misiones Culturales”. Posteriormente, sobresale la labor realizada por los antropólogos Roberto J. Weitlaner, Raúl Guerrero, Gonzalo Aguirre Beltrán y la estadounidense Henrietta Yurchenco, respectivamente. En los años siguientes, al fin de la Segunda Guerra Mundial destaca la labor de otros dos estadounidenses: Raúl Hellmer y Thomas Stanford, quienes se fijaron el propósito de recopilar sistemáticamente las ex-presiones de la música tradicional por regiones.

La Fonoteca del INAH, heredera de esta noble tradición, tiene como punto de partida la edición de un disco de larga duración producido en 1964, representando uno de los logros más importantes de un curso de introducción al folclore impartido en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Este disco de larga duración, titulado *Testimonio musical de México*, marca el inicio de una de las labores de investigación más sistemáticas y avanzadas en el campo de la memoria sonora del país como parte de su patrimonio cultural. Quienes se encargaban directamente de esta labor fueron el antropólogo Arturo Warman Grij e Irene Vázquez Valle, de profesión educadora y estudiante de piano en el Conservatorio, además de investigadora del folclore mexicano.

* Subdirector de la Fonoteca del INAH

¹ Gabriel Moedano Navarro, “Etno-musicología y folclore”, en *INAH. Una historia*, vol. I, México, INAH, 1995, p. 163.



Estos jóvenes investigadores de aquel entonces, después de la experiencia del primer disco de larga duración, se dieron a la tarea de investigar distintas tradiciones musicales, recorriendo diferentes rumbos y diversas regiones donde grabaron toda clase de géneros, entrevistaron a sus creadores e intérpretes, consultaron antiguos archivos y realizaron innumerables etnografías con el objeto de documentar esa diversidad musical y otras expresiones orales del país; resultado de este periodo fueron doce investigaciones con sus respectivas grabaciones de campo.

Esos primeros doce discos de larga duración cubren temas y regiones culturales bastante significativas en el contexto nacional, por ejemplo, la tradición conchera, la música ritual de Los Altos de Chiapas, la amplia región indígena del Noroeste, el área porteña de Veracruz, las tierras calientes de Guerrero y Michoacán, así como la tradición bandística tan arraigada en Oaxaca y Morelos.

Casi al inicio de la década de 1980 se buscaba abordar el estudio de la música tradicional y popular a partir de nuevos enfoques, iniciando así una etapa que se fundamentaba en procedimientos históricos, lo que permitía analizar diferentes momentos en la formación del país por microrregiones donde se han gestado diversas corrientes y distintos géneros musicales. Ejemplo de esto fue el trabajo realizado por Irene Vázquez en la región de Occidente, específicamente en Jalisco, donde obtuvo importante información acerca de la música campesina de Los Altos y el sur de ese estado.

Siguiendo con la misma metodología, y con el objeto de abrir la participación a otros investigadores, se pidió la colaboración de especialistas externos, fue así como se realizaron entre otras investigaciones con sus respectivos productos discográficos: *El cancionero de la intervención francesa*, con la contribución de la maestra María del Carmen Ruiz Castañeda, investigadora de la UNAM; *Corridos de la Revolución mexicana*, vol. I, donde participó el notable historiador José de Santiago; *Corridos de la rebelión cristera*, apoyada fundamentalmente por la maestra Alicia Olivera de Bonfil, de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, y *Corridos zapatistas*, con la contribución del

antropólogo Carlos Barreto Mark, del Centro INAH Morelos.

Corrían los primeros años de esa misma década de 1980, y la Oficina de Edición de Discos del INAH había acumulado una considerable cantidad de grabaciones de campo, sistemáticamente logradas por temas y microrregiones, además de que se comenzaron a recibir donaciones de fondos fonográficos y documentales reunidos por destacados investigadores del tema, como fueron los casos de José Raúl Hellmer² y Samuel Martí.³

Con este incremento en calidad y cantidad de los acervos de la Fonoteca del INAH, se presentó la necesidad de incorporar personal especializado que atendiera la ordenación y los cuidados adecuados de los materiales. Estas circunstancias motivaron la contratación del músico y folclorólogo René Villanueva, quien sensible a la importancia de las investigaciones y los documentos fonográficos existentes hasta entonces en esta área del INAH planteó la creación de la Fonoteca Nacional.⁴ Villanueva inició un ordenamiento metódico de los acervos, respaldándolo en otros soportes, aplicando técnicas de mantenimiento y reeditando los títulos de la serie “Testimonio musical de México”, hasta entonces logrados.

A partir de la segunda mitad de esa misma década se acentuó la investigación de la música y las tradiciones orales por microrregiones, produciéndose de este modo importantes materiales, como por ejemplo: *Tradiciones musicales de La Laguna: la canción cardenche; In Xóchitl In Cuicatl: cantos y música de la tradición náhuatl de Morelos y Guerrero; Música de la Costa Chica de Guerrero y Oaxaca; Canciones de vida y muerte en el Istmo oaxaqueño; Tesoro de la música norestense, y Voces de Hidalgo: la música de sus regiones*, entre otros temas.

El constante crecimiento de los acervos enfatizó la necesidad de fortalecer las acciones de ordenamiento y

² Investigador de origen estadounidense que llegó a México en los años cincuenta del siglo XX, y logró reunir un amplio acervo de grabaciones que cubrían varias regiones del Occidente, el Golfo, el Centro y la Península de Yucatán (fallecido).

³ Investigador de la música prehispánica de México y otras regiones de América (fallecido).

⁴ René Villanueva, archivo Fonoteca INAH.



preservación enfocados a este tipo particular de música y tradiciones orales, además de ampliar la cobertura de investigación y recopilación.

La ya lejana producción del disco vinílico de larga duración *Testimonio musical de México*, en 1964, marcó pues el inicio de esta gran aventura que representa la serie discográfica, misma que lleva este título en honor a la iniciativa de un puñado de jóvenes imbuidos en las ideas transformadoras de los años sesenta, emparentados con el existencialismo, con los cambios revolucionarios, con la música de protesta, con el folclore latinoamericano, con el lema del amor y la paz, como paradigma de una generación que buscó afanosamente nuevas formas de convivencia social.

En este 2009 la Fonoteca del INAH cumple 45 años y “Testimonio musical de México” llega al título número 50. Esta serie representa uno de los acervos sonoros más importantes del mundo, en sus 50 diferentes títulos reúne una amplia y significativa cantidad de géneros, agrupaciones musicales y regiones. Respecto a los géneros musicales tiene registrados sonos en toda su variedad: jarochos, huastecos, plane-cos, abajeños, arribeños, terracalentanos, de artesa; también tiene gustos, peteneras, jarabes, décimas, valonas, chilenas, jaranas, toritos, pirekuas, zapateados y pascolas; por supuesto, incluye minuets, xochipitzahuas, valeses, alabados, alabanzas, arrullos, corridos, romances, cumbias, canciones, habaneras, boleros y pasos dobles; contiene asimismo una amplia variedad de malagueñas, bolas surianas, mazurkas, polcas, redovas, chotises, canciones cardenches, tangos y bambucos, entre muchos otros. Tan sólo en cuanto al son, género musical por excelencia en nuestro país, la serie reúne 331 piezas; además 97 canciones, 67 corridos, 27 jarabes y 21 xochipitzahuas, entre sus cerca de mil piezas que abarcan más de cuarenta géneros distintos.

En contraste con el puñado de jóvenes que en los años sesenta produjeron el legendario disco LP, hoy existe una significativa cantidad de gente, a lo largo y ancho de México, inclusive en otros países, que se dedica a la recopilación, investigación y difusión de nuestras tradiciones musicales. Por supuesto, durante

este casi medio siglo los contextos sociales y culturales se han transformado, al igual que la tecnología de grabación, no se diga los enfoques con los cuales los investigadores observan y analizan las culturas musicales. Lejos quedaron los tiempos en que los investigadores remontaban serranías o áreas selváticas con toneladas de equipo para grabar músicas, rezos y cantos. Hoy en día ya casi no existen poblaciones apartadas, los recursos comunicacionales se han extendido por todo el territorio nacional, y aunados a múltiples factores, entre los que destacan la pobreza y la migración, han cambiado sustancialmente el panorama; sin embargo, esto no quiere decir forzosamente que la diversidad musical se encuentre en proceso de extinción. Las tradiciones musicales perviven cuando su gente así lo quiere, adaptándolas a los nuevos contextos. De este modo, se perciben músicas que aparentemente no han cambiado a través de los siglos y otras con transformaciones tan drásticas que parecieran ya ser otra cosa. Esto lo podemos entender así cuando consideramos que así es también la dinámica de toda cultura: algunas cosas desaparecen, otras se transforman y otras prevalecen.

Aún así, nuestro país sigue gozando de un gran vigor en cuanto a su diversidad musical tradicional y popular, una mínima muestra de ello es este título número 50, que reúne 80 piezas musicales cuya práctica actual va de los contextos más íntimos, místicos y rituales hasta los más abiertos, festivos y profanos. Músicas donde aún se escuchan los sonidos ancestrales de caracoles, ocarinas, tinkules y sistros, y músicas vinculadas a la globalidad electrónica y cibernética, pero todas ellas resguardando en sus sonidos signos que denotan la raigambre de historias y culturas de los pueblos que han habitado este país desde tiempos inmemoriales.

Para concluir, quiero decir que este título 50 de la serie “Testimonio musical de México”, es un homenaje primeramente a los creadores y continuadores de nuestra diversidad musical, músicos, cantores, compositores y bailadores, a la vez que un reconocimiento a todos los investigadores y recopiladores que con su labor han contribuido a la integración de estas músicas, patrimonio cultural de México y del mundo.